

VI

Cristianización de los pueblos bárbaros

AL ponerse en contacto con los Romanos la religión de estos pueblos empezó á sufrir un cambio que llegó á hacerse radical. Augusto dió un golpe terrible al druidismo de las Galias, imponiendo á los dioses galos nombres de divinidades romanas y prohibiendo los sacrificios humanos. Ya desde el siglo II existían iglesias cristianas en Lyon y Vienne; á mediados del III se fundaron las de Tolosa, Arlés, Narbona y otras muchas en las Galias. Del mismo modo entre los Germanos empezaron á florecer algunas á fines del mismo siglo III, como las de Tréveris, Metz y Colonia, y probablemente las de Tougres, Spira y Maguncia. Por este tiempo fueron ya martirizados los Obispos de Laureacum, Pettau y Augburgo. Por otra parte, los soldados romanos habían ya introducido el Cristianismo en lo profundo de Germania, así como los prisioneros cristianos lo introdujeron en Mesia y Tracia entre los Godos, y lo mismo en la Gran Bretaña.

Pero la costumbre que adoptaron muchos emperadores de tomar Bárbaros á sueldo fué la causa más poderosa, después de los poderosos es-

fuerzos de la Iglesia, que produjo la cristianización de los Bárbaros. Mas esta hermosa obra, que tan magníficos resultados hubiera dado sin duda, como ya los dió desde un principio, fué interrumpida por Ulfilas, quien introdujo el Arrianismo entre los Visigodos, propagándose después á muchos otros pueblos germanos, y retrasando largos años su verdadera civilización. El jefe visigodo Frigiderno, vencido por Atanarico, refugióse al lado del emperador Valente, arriano furibundo, y abrazó la religión de éste, haciendo gran propaganda entre los suyos. Opúsosele tenazmente Atanarico, quien movió una persecución feroz contra toda especie de cristianos, de la cual no se libró Ulfilas, viéndose obligado á huir con gran número de arrianos visigodos al distrito de Nicópolis por el año 348. Allí trabajó 33 años, predicando el Arrianismo, hasta que murió en Constantinopla, en 381, después de haber traducido la Biblia al gótico. Continuó Atanarico su persecución contra los cristianos, impulsado tanto por su celo pagano como por motivos políticos, ó sea para asegurar la independencia de su pueblo, que creía perder con la introducción del Cristianismo; en provecho de Roma, á la cual odiaba con toda su alma, soliendo decir que *por odio á los Romanos quierda aniquilar el nombre cristiano entre los suyos*. La invasión de los Hunos le obligó á atender á su propia salvación: Atanarico quiso resistir la terrible embestida de

aqueellos salvajes, más parecidos á las fieras que á los hombres; pero aterrorizados los suyos, refugiáronse en territorio romano, bajo el amparo de Fridigerno, y el animoso pagano prefirió retirarse con unos pocos á Transilvania antes que transigir con su rival.

Aparece al poco tiempo Alarico al frente de su pueblo, completamente arriano, y algo fanático, como neófito; mas no en tal grado que no supieran respetar á los católicos, como sucedió en el saco de Roma, lo cual era debido á varias causas. En primer lugar, el Arrianismo, á los ojos del pueblo, no se diferenciaba gran cosa del Cristianismo ortodoxo: aquella herejía pervertía principalmente la inteligencia, y aquellos Bárbaros no la tenían en tan brillante estado que les permitiera aficionarse á sutilezas teológicas: por otra parte, estaban todavía mal convertidos, y su objeto principal no era en aquel entonces defender una religión, que nadie atacaba en medio de sus hordas, sino la rapiña y el pillaje, acosádoles además la gran necesidad que sentían por asentarse definitivamente en alguno de aquellos países encantadores, cuya exuberante, lozana y espléndida vegetación y regalado clima tanto contrastaba con la aridez de la selva germana y su triste y monótona soledad. Tenía además Roma para toda clase de Bárbaros (y sigue teniéndolo en el día) cierto misterioso atractivo, que infundía en ellos una especie de religioso respeto que

rayaba en instintiva veneración; era la Ciudad Santa del Cristianismo; en ella residía el Jefe supremo de la Iglesia, el más respetable de los mortales, cuyo venerable y soberano influjo había ya penetrado hasta en lo más recóndito de la selva. Y casos hubo en que tal respeto se convirtió en terror, como sucedió á Atila y sus feroces hordas. Además, los pueblos politeístas no son fanáticos por naturaleza, aunque sí adquieren este carácter cuando dejan resueltamente de serlo, especialmente si la luz de la verdad no ilumina sus inteligencias, pues es un hecho bien probado que los pueblos que de cualquiera religión pasan á formar parte de la Iglesia no persiguen, aunque sí saben sufrir con heroico valor toda suerte de persecuciones.

El fanatismo, pues, se apoderó de los Visigodos al transformarse el pueblo en nación y cambiar las circunstancias de su vida social, pudiendo notarse que los reyes tenidos por más ilustrados fueron los más feroces perseguidores, y que la persecución se exacerbó más y más con el tiempo, no sólo por la natural aversión del error á la verdad, sino porque consideraban á los católicos como enemigos natos suyos, ya que los intereses sociales y políticos de unos y otros eran por todo extremo encontrados é imposibles de conciliar por la tiranía del pueblo visigodo, que había reducido á los Españoles á la tristísima y miserable condición de parias.

VII

Situación respectiva de ambos pueblos

MAS ¿podía ser de otra manera? ¿Quién sino el espíritu sublime del Cristianismo pudo hacer que aquellos indómitos Celtíberos, que aquellos audaces Cántabros, que los hijos invencibles de Sagunto, Numancia y Estepa, que hubieran dado sin vacilar mil vidas, si mil vidas tuvieran, por defender su santa libertad, sufrieran con resignación sobrehumana el yugo insoprotable, tiránico y feroz de los Vándalos, Suevos, Alanos y Visigodos? Contestarán los que no han estudiado á fondo el carácter singular del pueblo hispano que la verdadera causa fué la espantosa corrupción de costumbres, de que participaba España como todas las provincias del Imperio, y su fatal organización social y política. Ciertamente que deben tenerse muy en cuenta semejantes circunstancias, por más que nuestra historia nos demuestre á cada paso que este pueblo caduco y envilecido en apariencia guarda en el fondo de su alma un tesoro inagotable de energía, de vigor, de savia regeneradora, capaz de rejuvenecer al mundo entero. Que á la manera de aquellos árboles exhaustos, á los que basta la más ligera lluvia para despojarse de sus rugosas es-

crecencias y cubrirse de vigorosos tallos y de nuevo y espléndido ropaje, el pueblo español ha sabido alzarse altivo, incontrastable, en multiplicadas ocasiones, al nobilísimo impulso de su inquebrantable sentimiento religioso, que es la cuerda más sensible de su corazón, cuando más inerte y abatido parecía.

Mas tratándose del pueblo católico no eran estas ciertamente las verdaderas causas de su ruina, pues ya vimos que nada podía hacer en aquella época, atendida la particular constitución de semejante sociedad, ni mucho menos estaba envilecido. Porque ¿cómo podríamos dar con justicia tan denigrante calificativo á aquellos heroicos caracteres que sabían arrostrar toda clase de tormentos inhumanos, primero ante el satánico tribunal de los feroces adoradores de los ídolos, después ante el no menos diabólico de los herejes nacionales y extranjeros? Hemos visto que si se sometieron á Roma, dejando aparte los inmensos sacrificios que le costó su dominación, debióse este resultado, antes á la natural división de los pueblos españoles y al principio civilizador de los Romanos, que á su colosal poder. Después el Cristianismo dulcificó extraordinariamente aquellos toscos é indomables caracteres, enseñándoles que no todo debe esperarse del esfuerzo humano; que es necesario obedecer al César en lo que le es debido, y en ocasiones algo más, para evitar males mayores; que muchos

azotes y plagas sociales los merecen nuestras culpas, aunque se nos castigue por lo que, según nuestro parecer, no merecemos; y que debemos esperar que pasen las tormentas para volver á edificar otra vez sobre sus ruinas; en una palabra, el espíritu católico, prudente y previsor, nos enseña, en primer lugar, á tener confianza en Dios y no jugar todos los recursos á una sola carta. Esto no quiere decir que debamos abdicar nuestros derechos, ni mucho menos olvidar nuestros deberes, pues en las crisis supremas, individuales ó sociales, cuando los derechos de Dios corren en lo humano inminente peligro de perderse, debemos jugarlos el todo por el todo, sin contemplaciones de ninguna especie; porque *primum est obedire Deo quam hominibus*.

Esta disposición de los ánimos en aquel entonces, unida á las causas antedichas, dió por resultado aquella inmensísima catástrofe. Además, el vendaval fué desencadenado y repentino; á todo el mundo cogió de sorpresa; la disciplina militar estaba completamente relajada; el Imperio dividido en mil pedazos; numerosos usurpadores se repartían sus girones; los enemigos eran innumerables, la fuerza material escasa, y perdido por completo el freno moral. ¿Y qué fuerza podían tener aquellos emperadores revolucionarios, cuando la mayor parte de su poder la debían á los mismos Bárbaros que hubieran debido destruir? Ya sabemos por larga y dolorosa experiencia la

autoridad de que gozan los gobiernos que levanta el espíritu de rebelión.

Pero al asentarse los Visigodos en España las circunstancias habíanse modificado extraordinariamente: existía ya un verdadero pueblo católico, lleno de robusta vida, compacto y unido, con jefes amadísimos, que gozaban, no sólo de poderosa autoridad, sino también del respeto y veneración más eficaces; tales eran los Obispos. Además, la nobleza indígena, resto del antiguo patriciado, á la vez que ejercía soberana influencia sobre el pueblo, miraba á éste con el afecto propio de la religión y de la desgracia. El espíritu evangélico, haciendo á los hombres iguales entre sí, elevaba al pobre al nivel del poderoso, y éste miraba á aquél con el cariño de hermano. Por otra parte, los Concilios ponían en relación al pueblo católico de toda España; nuevo lazo de unión que acrecentaba más y más su fuerza. Los mártires de una región eran conocidos y venerados en las otras; de aquí la mancomunidad que existía ya de todos los intereses católicos.

Sobre el verdadero pueblo español había caído la pesadísima carga visigoda, que no contenta con arrebatarse la personalidad social y política y las dos terceras partes de su hacienda, se complacía en combatir lo que aún era más caro á su corazón: sus creencias religiosas. ¿Y en nombre de qué principio? En el de la fuerza, en el de la barbarie. La persecución se recrudeció en tiempo

de Leovigildo. El pueblo católico, el más numeroso, ilustrado y digno, se veía vejado y oprimido por el menor en número, saber y dignidad, y amenazado de perder para siempre el único consuelo que le quedaba. Era, pues, llegada la hora de que reinara la justicia, y Dios no la hizo esperar.

CAPÍTULO III

HERMENEGILDO